

EL PASTOR INFIEL

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales
www.alfredojoignant.cl

Una extraña ambigüedad recorre a la sociedad chilena. En medio de la alegría popular y del genuino júbilo de los católicos ante la buena nueva de un papa jesuita y latinoamericano, una pesada culpa es cargada por uno de los cardenales que participaron de la elección del sumo pontífice tras esa bella ficción del espíritu santo que habría iluminado la decisión cardenalicia. Es en el contexto de la elección del nuevo papa que se reiteraron las críticas de culpabilidad criminal dirigidas al cardenal Francisco Javier Errázuriz por parte de tres de las víctimas de Karadima, bajo el motivo de encubrimiento, lo que se confirma tras escuchar por enésima vez una vibrante entrevista al sacerdote Percival Cowley en el programa radial “Desde zero”, el 24 de marzo de 2011.

En esa entrevista, el padre Cowley narra cómo él se enteró de los abusos de Karadima de boca de James Hamilton en los años 2005-2006. Tras haberle sugerido dos alternativas de conducta, Hamilton tomó la decisión en aquel entonces de declarar ante notario eclesiástico, un procedimiento que naturalmente no condujo a nada. El padre Cowley se entera de esto dos años después, y solicita telefónicamente una entrevista al cardenal Errázuriz mediante su secretario aduciendo un tema grave, sin recibir respuesta alguna. Tiempo después, en el funeral de monseñor Ignacio Ortúzar, es el mismo padre Cowley el que se acerca al cardenal Errázuriz, quien de modo iracundo le responde “¡eso es mentira!”: “cuando el pastor trata a un cura de mentiroso”, señala el padre Cowley, “está infiriéndole la más grave ofensa”, que sólo el respeto a la jerarquía de la iglesia explica el silencio guardado ante un cardenal que en ese instante se convirtió en un pastor infiel.

Algunos han querido comparar esta negación del cardenal (en el *New York Times* de hace pocos días) al alegato de inocencia de quienes hoy, en la derecha, dicen no haber sabido en su momento sobre las masivas violaciones a los DDHH en dictadura. Sin perjuicio de que este alegato de ignorancia colectiva suena mal y convence a muy pocos, la comparación con la negación del cardenal es impropia: simplemente, porque Errázuriz no podía no saber a la luz de la autoridad de la que él se beneficiaba en una institución tan jerarquizada como la iglesia, y disponiendo de información notarial y de la alerta de parte de Percival Cowley.

Pero la negación del cardenal guarda también una profunda semejanza con la situación de anamnesis de la que es muy familiar el psicoanalista ante su paciente en el diván: experiencias profundamente enquistadas en el inconsciente y que son duraderamente reprimidas y negadas por el paciente debido al carácter intolerable de un recuerdo traumático, tormentoso o simplemente culpable. Tan

intolerable como pudo haber sido la imagen, que debe haber recorrido la mente del pastor infiel, de la mano de Karadima recorriendo el pelaje tierno de sus ovejas. Tan insoportable como la representación de la mirada incrédula de las víctimas en el umbral de la atrocidad. Qué duda cabe: dos imágenes intolerables para las víctimas, y hoy para quien sabía y fingió ignorar. Pero ¿le habrá sido posible imaginar, al pastor infiel, los ojos exaltados de Karadima y su respiración jadeante en el momento preciso del acto impúdico y hoy abyecto? Esta representación del horror, de haber tenido lugar, ¿podría haber provocado en el cardenal una decisión que habría cambiado las vidas de las víctimas?

Pero más profundamente, ¿era tan universal el amor y la misericordia del pastor? La respuesta es no, lo que convierte la omisión del cardenal en un acto tan profundamente inicuo ante los ojos de los hombres que, como la injusticia, llega a tener –para parafrasear a Jonathan Franzen– “muy mal sabor”. Pero esta injusticia convierte también al cardenal Errázuriz en un pastor infiel a la biblia y al amor por el prójimo que emana de ella, y para qué hablar de quienes creyeron profundamente en él.